



CUADRO DE NATURALEZA MUERTA, POR VALKENBURG.

Dirk ó Thierry Valkenburg, pintor holandés, nació en Amsterdam en 1673; estudió en el taller de Juan Weenix, donde aprendió el arte de retratar los animales con toda propiedad; se distinguió muy particularmente en la representación de la caza viva ó muerta. Ejecutaba también con singular maestría los retratos y las escenas de costumbres. Empezó un viaje á Alemania cuando no tenía todavía veintinueve años; deseaba cambiar de horizontes y variar sus estudios: habiendo llegado á Augsbourg, se dirigió á casa del baron de Knobel, que le acogió con la mayor benevolencia, le encargó su retrato, y le pidió otras obras. Terminados estos trabajos, le dió una recomendación para Luis de Bade. Este príncipe ofreció al jóven artista nombrarle su pintor oficial asignándole una pensión de dos mil escudos, y admitiéndole diariamente á su mesa. Pero Valkenburg se negó á enajenar su independencia, y partió para Viena: el príncipe Adam de Lichtenstein se declaró su protector, le colmó de presentes, tratando también de tenerle en su corte.

Sus esfuerzos fueron tan vanos como los de Luis de Bade. Valkenburg prefirió volver á su patria: precedido por la fama de su nombre, se encontró sobrecargado de trabajos. Guillermo III, rey de Inglaterra, que le había llamado en Holanda al palacio campestre llamado el *Loo*, le dió cien ducados por un lienzo pintado en diez días, prometiéndole su apoyo para el porvenir: desgraciadamente la muerte le impidió cumplir su promesa.

El rey de Prusia vino á ofrecerle poco después el nombramiento de pintor de cámara, con el sueldo de mil reales, con la condición de re-

sidir en Berlin: pero Valkenburg deseaba emprender un viaje mas largo: estaba casado, y se dice que su esposa no le hacia feliz (ciertos artistas son difíciles de contentar), buscaba una ocasión de huir tan lejos de ella que no pudiese encontrarle.

Un apasionado de las bellas artes que poseía cuantiosos bienes en Surinam, que estimaba á Valkenburg y tenía una alta opinion de su mérito, viéndole desgraciado, le propuso ir al nuevo mundo á administrar sus propiedades. El artista aceptó; que el mar pusiera una raya entre él y su mujer era todo lo que él deseaba. Partió con el corazón henchido de alegría; pero no pudiendo soportar el clima ardiente de la Guayana, cayó enfermo y se vió precisado á volver á Europa.

MELANCOLIA.

(Conclusión.)

3 de diciembre.

¡Es Emilia tan bella!..

¡Qué bien ciñe su tersa frente el arco de oro de su diadema condal!..

¡Con qué gracia ajusta las mórbidas formas de su flexible talle el rico jubón de seda de su vestido!..

25 DE MARZO DE 1855.

¡Con qué elegante sencillez lleva prendida en sus blondos cabellos una flor blanca... pura, como los pensamientos de una niña!...

¡Ah!... ¡Cuán pronto perderá esa pureza!...

¡En breve no irán los ángeles de la inocencia á velar su sueño entre las recogidas colgaduras de su lecho de virgen!...

¡Esta noche los espíritus del mal fijarán en su ventana con infernal alegría sus desgarradas tocas virginales; y en bacanal inmunda girarán en torno de su voluptuoso lecho nupcial!...

¡Pobre ángel mío!...

¡Cómo recuerdo, Emilia, aquellas melancólicas tardes de verano que pasamos en tu quinta de Sevilla!... Como una ilusión del placer, cruzan por mi inteligencia los suspiros que se escapaban de tus labios, cuando te contaba las romancescas tradiciones de mi país... Como una memoria de la felicidad perdida encuentro grabado en mi mente tu dulce acento, cuando al oír mis historias me llamabas sonriendo tu paje de los cabellos negros, en tanto que la brisa del Guadalquivir humedecía tu ensortijada cabellera rubia...

¡Erás tan niña entonces!...

Apenas contabas trece años.

Yo vivo de esos recuerdos, mientras que tú los olvidas completamente. Nada me importa... de cualquiera modo estas páginas nunca han de llegar á tus manos, y así no podrás burlarte de la debilidad de mi corazón...

Hace siete años que desaparecieron para siempre estos recuerdos de la primera juventud, y no tengo miedo de revelar á las blancas hojas de mi cartera lo que me hubiera hecho enrojecer de vergüenza si te lo hubiese confiado.

Llevo cerca de ocho años de amarte, Emilia...

Salimos de la perla de Andalucía, de Sevilla, con diferencia de algunas horas; pero ¡cuán distintos eran los objetos de nuestro viaje!...

Tú caminabas en una cómoda silla de posta, acompañada de tu padre que te brindaba con todos los placeres apetecibles... Eras rica, muy rica, y ansiosa de gozar los encantos del gran mundo, te dirigías á la corte, ávida tu alma de nuevas emociones. La modesta existencia del honrado comerciante ya te cansaba por su monotonía, y necesitabas espacio donde tender el atrevido vuelo de tu inteligencia.

Yo, por el contrario, viajaba en una modesta galera de lento paso, y acompañaba á mi madre enferma que iba á tomar baños, desde donde debíamos trasladarnos á Madrid. Eramos pobres, y necesitábamos viajar con economía... ¡Oh!... ¡Bien sabe Dios que solo sentía ser pobre por mi madre!...

Algunos años trascurrieron sin que volvieras á verme. Yo si devoraba tus ojos con los míos, ya desde un modesto asiento de galería en el teatro, ya á través de infinitud de personas en el paseo: pero jamás llegó mi indiscreción á presentarme delante de ti.

¿Qué temía?

¿Fue acaso que manchára los ricos adornos de tu traje mi modesta levita negra?

¿Fue quizás que desdeñaras mi presencia con un altivo gesto de insufrible orgullo?

No lo sé...

Pero yo evitaba su presencia... No podía vivir sin verla, y tal vez si sus miradas se hubieran cruzado con las mías, hubiera acudido gozoso á la consoladora idea del suicidio...

¡Yo aceptar el suicidio, cuando le he combatido tantas veces!...

No sé por qué habré notado hace unos días cierta poca fijeza en mis ideas, que me hace pensar más de una vez en la locura. Esto es horrible...

Y sin embargo, ¿quién sabe si será la tranquilidad de la existencia?... ¿Quién sabe si la demencia será el sueño de los sabios y de los poetas?...

Te olvidé por un momento, Emilia.

No recordé que estas páginas estaban exclusivamente dedicadas á la memoria de mi madre y á ti.

Hasta hace un momento habia conservado la esperanza de que no realizarías tu enlace, porque yo te amaba...

¡Insensato!... ¿Que yo te adore es acaso motivo suficiente para que posea tu cariño?...

No...

Más de una vez ha cruzado esta noche por mi mente una idea desgarradora.

Fui egoísta...

Encontré otro ser que me disputaba mi felicidad, que se levantaba de repente entre tú y yo; y me halagó el pensamiento de hacerle desaparecer de nuestro camino.

¡Qué loco he sido!...

¡Por qué he de culparle?... ¡Por qué he de aborrecerle?...

El ha nacido rico, y el esplendor es á sus ojos lo que á los míos la

memoria de mis amores... una necesidad. Tiene carruajes, palacios, humildes servidores que se disputan codiciosos una insultante sonrisa de su señor... y yo ¡triste de mí!... estoy solo, completamente solo, y por todo mueblaje tiene mi habitación un modesto lecho, dos sillas de dudoso origen, y un piano donde mi madre ensayaba en su niñez las suaves melodías que mas adelante habian de despertar en mi alma la afición á la música.

¡Cuántas veces he devorado con avidez, en mis noches de delirio, aquellas notas con que mi madre me adormió en la cuna!...

¡Que hermoso es!...

Es mi rival, yo le aborrezco... Pero no... no debo aborrecerle porque ella le ama...

He ido á levantarme al concluir estas líneas, para buscar algunas gotas de agua que templen la ardiente sed de mis labios, y al hallarme frente del destañado espejo de mi habitación, no he podido menos de apartarme de él desesperado.

En mi juicio se ha formado instantáneamente un triste aunque exacto paralelo.

Mi rival cuenta algunos años mas que yo; pero su tez lozana y sonrosada, sus rasgados ojos garzos, su espaciosa frente adornada de negros cabellos artísticamente rizados, y su elevada y musculosa estatura, forman un horrible contraste con la figura que hace algunos instantes se retrató en el manchado cristal del espejo.

He visto mi semblante descarnado, pálido y rugoso, guardar avaro mis ojos brillantes por la fiebre, en sus profundos huecos; y mis cabellos en desorden tocar mis hombros encorvados bajo el peso de una vejez prematura.

¡Horrible comparación!

¡Yo loco, soñé que pude ser preferido á mi favorecido rival!

¡Qué bien sienta en la frente de los desposados la diadema conda!

¡Si Emilia me viese en este instante, junto al lado de su esposo; si comparase las coronadas sienas de él, con las mías hundidas y sin adornos... ¡oh! seguro estoy que semejante contraste habia de hacer asomar á sus labios una insultante carcajada!...

Y sin embargo, hay en mi ser otra vida, que no alcanza á comprender siquiera su limitada inteligencia.

¡Ignota que si mi sombría frente no ciñe un labrado cerco de oro incrustado de pedrerías, puede Dios haberla dado una sublime inspiración, con solo un soplo de su esencia divina!...

Ya debe ser muy tarde...

Necesitan algun reposo mis miembros entumecidos por el frio; y si no puedo levantarme mañana, no habrá una flor que sirva de adorno á la sepultura de mi madre...

ADAR-OIBAF.

JUSTA Y RUFINA.

RELACION

por Fernan Caballero.

CAPÍTULO III.

Su disparatado casamiento, y las desgracias que de él dimanaron, su loca y desordenada vida, y el incesante hervidero de sus malas pasiones, habian en poco tiempo marchito el rostro y disecado las formas juveniles de Rufina y acabado de agriar su carácter. Otra cosa contribuía poderosamente á esto, y eran los remordimientos, esos, que son en el corazón lo que las canas en la cabeza; á pesar que las tiña el arte del sofisma, el tiempo que es la verdad, vuelve á tornarlas mustias y descoloridas, y el tinte á nadie engaña. Si las arranca la presunción y el despecho, vuelven á nacer, y esos remordimientos, ese íntimo convencimiento de que hemos obrado mal, no se pueden sofocar por mas que se aparente. El incontestable derecho que tiene cada cual de motejarnos, sin que se lo pueda impedir nuestro orgullo, nuestra posición, ni nuestro dinero, es un torcedor, un bultre que como el de Prometeo nos roe sin cesar ni descanso. De ahí nace la hostilidad y la misantropía, esos descontentos con los demás y con nosotros mismos. Solo las personas que á nadie han hecho mal, y que si lo han recibido lo han perdonado como perfectos cristianos, ó despreciado como nobles y superiores, tienen el privilegio de no agriarse, y de conservar en las situaciones mas desgraciadas y vejatorias, como el cielo por cima de las nubes, su hermosa serenidad.

Así era que cuando Rufina consideraba la suerte feliz y brillante de Justa, el amor de su marido, y el respeto universal que á porfía cubrían de rosas é incensaban su senda, todas las furias de la envidia y del despecho se desataban en su seno. Nunca recordaba cuando pensaba en la familia á quien tanto debía y tan mal pago habia dado, el

bien que le había hecho, sino el que pudo hacerle y no le hizo. La marquesa, pensaba, no debería nunca haberse opuesto á que su hijo se casase con ella; ni este debería haber cedido á la voluntad de su madre, á los consejos de su tío, ni á las advertencias de sus amigos; este mismo en las actuales circunstancias, disipado por el marido que la había abandonado el legado que le dejó la marquesa, no debería contentarse con pasarle una mezquina pensión como hacia, sino tenerla en el pie que había estado siempre, y otras locas exigencias, porque así discurre la ingratitud, así cegando á la justicia, falsea la razón!

Pero ni los desengaños, ni las desgracias, ni la experiencia, eran capaces de domeñar las violentas pasiones de aquella mujer, la que después de maldecir lo pasado, había de lanzarse al porvenir con redoblados bríos y nuevo furor.

El despecho, la ambición, la envidia, y la venganza unidos, debían engendrar un monstruo en aquella cabeza fecunda en planes satánicos; y así sucedió.

Rufina, en vista del proyecto que formó, menudeó sus visitas en casa de Justa, aparentando cariño hacia ella, gratitud y amor por su difunta madre, y fingiendo haberse llamado adentro, y llevar una vida modesta, ordenada y hasta religiosa. Justa, que era buena y además era débil, recibió cordialmente en su casa y en su intimidad á esa mujer, á quien una señora como ella no debería nunca haber recibido. Cuando su marido le hacía prudentes reflexiones sobre la inconveniencia de este trato, respondía Justa que no era generoso cerrar las puertas á la desgracia, el corazón á los recuerdos, y perdonar solo de boca; que también la bondad tiene sus sofismas cuando no quiere la miópe por lazarillo á la sana razón, sino campar por su respeto.

Cuanto se ha hablado sobre indulgencia y tolerancia en los tiempos modernos, y cuánto se ha querido culpar á la religión católica por carecer de ella, y por combatir á la intolerancia se ha querido hacer mediante la tolerancia un completo tratado de paz con lo condenado por malo, y con la indulgencia un elixir de vida que lleve á mirar la muerte (esto es la culpa) como una cosa natural y sin consecuencias, merced al dicho elixir.

Hay dos clases de indulgencias, la una es divina y religiosa, la otra es humana y filosófica.

Esta última aminora, disculpa, prohija y casi anonada la culpa antes de cometida, y esta induce al mal.

La divina ó religiosa clama contra la culpa, la vitupera, la condena, la anatematiza antes de cometerla, y esta aparta del mal.

Así aparece claro que está de parte de la humana y filosófica la indulgencia; mas prosigamos, que el *antes* suele llevar en pos del *después*.

Después de cometida la culpa, el mundo humano y filosófico moteja, escarnece y desprecia al culpable, no perdona su falta ni la olvida; su juicio condenatorio es sin apelación; de manera que su indulgencia se dirige ó ejerce en la culpa, y no en el que la comete.

La indulgencia de la religión divina, si el culpable postrado y bañado de lágrimas de contrición la implora, lo levanta, le abre sus brazos, lo absuelve y le torna puro é inocente, merced á un segundo bautizo con el agua de sus lágrimas; todo lo perdona y lo olvida, y sienta al hijo pródigo á la cabecera del banquete, con lo cual demuestra es su rigor, no con quien la comete, sino con la culpa.

¿Cuál es pues mas indulgente, el mundo filosófico que antes de cometer la culpa *pregona* la indulgencia, ó la religión divina que después de cometida la *ejerce* con el que se aparta de ella? ¡A cuántos no ha desesperanzado el mundo filosófico y tolerante hasta arrastrarlos al suicidio, y á cuántos no ha consolado esta religión que severa amonesta hasta hacerlos felices!

Pero aun hay otra tercera clase de indulgencia, que ni es la mundana, pues no disculpa lo malo, ni es la religiosa, pues no hace preciso el arrepentimiento para espontanearse, y es esta la de la bondad débil, sin el celo religioso y sin la dignidad de la virtud, aunque ambas cosas posea, religión y virtud. No es por lo tanto esa dulzura inerente á cuya cabeza pesa la corona de oro de la dignidad, á cuyas flacas manos escapa la pesa de la santa justicia, y á cuyo blando corazón oprime la coraza del decoro que debe serle inherente; no es, no, una virtud; es á lo sumo una bella flor sin fruto, nacida espontáneamente en un hermoso corazón; y repetimos que no es virtud, pues suele ser muy perjudicial en las personas que tienen inferiores, puesto que aparta como innecesario al arrepentimiento, hace del perdón cosa de tan poco valor que lo da de balde, con lo que falsea el orden moral de las cosas, y por último autoriza la impunidad, rinde homenaje al orgullo, y obstruye la fuente por la que podría haber brotado el arrepentimiento sincero, explícito y confeso. Esta tercera indulgencia, si no induce al mal como la del mundo, tampoco aparta de él, como la religiosa. La inocencia y la falta de conocimiento de las cosas y de los hombres suelen engendrarla también, y así había sucedido respecto á Justa, porque era un ángel, pero un ángel niño como los que para pintarlos vió Murillo á los pies de la Virgen pura y limpia, y el que de aquel su lugar había caído á la tierra.

Ambas recién casadas estaban en cinta y aguardaban su alumbramiento por la misma época. «Ansío por salir cuanto antes de mi ocación», solía decir Rufina á Justa, para estar en estado de poder asistirte cuando llegue la tuya, porque no quiero que otra que yo lo haga; pues ¿quién lo ha de hacer con tanta eficacia y cariño? Es claro que nadie.»

Los deseos de Rufina se cumplieron, porque á los pocos días de parir ella una niña, asistía á Justa que con igual felicidad dió á luz otra niña. Al día siguiente, cuando volvieron el padre, los padrinos y los convidados del bautismo, y que poco después se entregaron todos alegres y satisfechos al reposo, incluso la feliz madre, Rufina que la velaba, y que tenía en la pieza inmediata á su niña, desnudó ágilmente á ambas recién nacidas criaturas, cambió sus ropas, y acostó á su hija en la magnífica cuna que Justa preparara á la suya, diciéndole: «serás rica, gran señora, y feliz contra la voluntad de los que quieren á tu madre;» y poniendo en su cuna de pino á la hija de Justa, añadió: «tú, si, tú, hija de orgullosos, ricos y vanos encumbrados, serás pobre y despreciada; tú, si, tú, sufrirás lo que he sufrido yo, y algo mas; tú cobrarás la deuda de agravios y desprecios que debo á tu egoísta y engreída familia.

Apenas consumó esa mujer su atentado, cuando con leve pretexto, ó sin él, suspendió la intimidad que había tenido en casa de Justa, y mas desenfadada que antes se entregó á la vida airada.

(Continuará.)

LA GRUTA DEL HOMBRE MUERTO. (1)

En 1561 el camino que conduce de Bergerac á Périgueux no era tan bueno como hoy. La espesa selva de castaños que ocupa todavía una parte de él, era de mucha mas estension, y las veredas mucho mas estrechas; en el punto en que esta se encuentra como suspendida sobre una profunda garganta, que se llamaba entences *La Gruta del Ermitaño*, la pendiente de la montaña que desembocaba en el valle era tan áspera y tan peligrosa, que los mas atrevidos apenas osaban bajar por ella en medio del día. El 1.º de noviembre de este año, día de Todos los Santos, á las ocho de la noche hubiera pasado por impracticable el descenso; tantos eran los peligros que el rigor prematuro de la estación venia á añadir á sus dificultades naturales. El cielo oscurecido desde por la mañana por una bruma pesada y tormentosa, mezclada con nieve y granizos, llegado el sol á su ocaso, apenas se distinguían los sombríos horizontes, y como estos se confundían por sus tinieblas con las tinieblas de la tierra, los ruidos de la tierra se mezclaban tambien con los suyos de una manera tan horrible, que hacía erizar los cabellos de los viajeros. El huracán, que arreciaba de momento en momento, traduciéndose en gemidos como la voz de un niño que llora ó de un viejo herido de muerte que pide socorro; no se sabía de dónde provenían las mas espantosas lamentaciones, si de las nubes ó de los ecos del precipicio, mezclándose con ellas las quejas de las selvas, los mugidos partidos de los establos, el áspero choque de las hojas secas arremolinadas en torbellinos por el viento, y los restos de los árboles muertos que derribaba la tempestad; todos estos ruidos aumentaban la confusion y el espanto.

La gruta oscura de que hemos hablado antes, oponía á esto sobre uno de sus puntos un contraste chocante, una claridad fija, pero prolongada y chispeante que se destacaba de su centro como el penacho de un volcan; y de su puerta enteramente abierta salían risueñas carcajadas capaces de alegrar la desesperación. Esta era la fragua de Santos Oudard, mariscal herrador, que había llegado á la edad de cuarenta años sin conocer un solo enemigo, y que solemnizaba alegremente el aniversario de sus días al resplandor de sus hornillos y en medio de sus obreros con la alegría que presta el vino.

Santos no había violado nunca la solemnidad de los días santos para herrar un caballo ó la rueda de un carro, á no verse obligado por algunos accidentes inesperados ocurridos á los extranjeros de viaje, y entonces no recibía retribucion ninguna por su trabajo; pero su fragua no dejaba de arder noche y día en ningún tiempo en las fiestas mas solemnes, porque servía de faro, sobre todo en el mal tiempo, á los pobres pasajeros extraviados, que eran siempre bien recibidos, y por esto se llamaba entre los aldeanos de la gruta la casa de Santos Oudard, hijo de Teófilo, la posada de la Caridad. Santos entró de pronto en la cocina contigua á la fragua, donde se preparaban grandes trozos de carne de gamo y de vaca delante de un fuego claro y bien alimentado que envidiaria la fragua misma, bajo el anchuroso manto de una de

(1) *Combe* es una palabra eminentemente francesa que significa un valle estrecho y corto abierto entre dos montañas y en las que la industria de los hombres ha llegado á introducir algun cultivo. No hay una aldea en todo el reino donde esta voz no sea inteligible; pero se ha omitido en el Diccionario, porque no hay *Combes* en las Tullerías, en los Campos Elíseos y en el Luxemburgo.

esas chimeneas de los tiempos antiguos que parecen inventadas por el genio de la hospitalidad. Todo va bien, dijo dirigiéndose alegremente a una anciana que estaba sentada en un banquillo en un ángulo de la chimenea, y cuyo rostro respetable y afable á la vez resplandecía vivamente iluminado por una lámpara de cobre de tres mecheros, puesta sobre una consola de yeso historiada, pero ennegrecida por el humo y por el tiempo; he sabido que los niños están acostados, y que el lindo rebaño de jóvenes de la aldea os hace tan buena compañía como de costumbre en la velada que empieza. Dios me guarde de dejar que la turben los gritos de mis chicos, que el ruido de la vigornia ha ensordecido de manera que no pueden entenderse si no aullan como los lobos. Vengo de despacharlos á mi dormitorio, de donde sus gritos no llegarán hasta aquí y adonde tendreis la bondad, madre mia, de enviarnos el resto de esas menudencias por una de vuestras sirvientas. Conservad sin embargo algún trozo de las viandas para los pobres diablitos que el mal tiempo pudiera traernos; y en cuanto á vuestras buenas amigas tratad de regalarlas castañas doradas bajo las brasas, bañadas profusamente con vino blanco dulce, recién sacado de la cuba, y espumoso como un encanto. Cuando no quede nada Dios proveerá. Yo no os dejaría todos esos cuidados, mi amada madre, continuó Santos enjugando una lágrima que surcaba su mejilla, si viviera todavía mi querida Escolástica; pero Dios ha querido que no quedase á mis hijos mas madre que vos, ni otra providencia visible al padre.—Todo será hecho como deseáis, mi digno Santos! dijo la buena Huberta, tan conmovida como su hijo con el recuerdo que habian evocado sus últimas palabras. Dádnos un poco de tiempo para lo que queda de vuestra fiesta, porque las horas pasan pronto. Cuando la campana de la parroquia haya tocado las primeras oraciones de los muertos, tendremos sobrado tiempo para pensar en ellos. Procurad divertirlos entre tanto, y no tengais cuidado por vuestros huéspedes. Ya están aquí dos, Dios sea alabado, nosotros procuraremos hospedarlos lo mejor posible y que serán bastante indulgentes para dispensar la pobreza de nuestros recursos, si nuestra acogida no corresponde á nuestra buena voluntad.—Que el Señor sea con ellos, replicó Santos saludando á los forasteros, cuya presencia no habia notado hasta entonces, y que se consideren como de la familia. Contadles historias bonitas y no escaseéis las provisiones, porque en casa del obrero cada día tiene su pan.

En seguida, abrazando nuevamente á su madre, se retiró. Los dos personajes de que acababa de hablar la vieja Huberta, se habian levantado para corresponder á las atenciones de Santos, y después se volvieron á sentar inmóviles y silenciosos en el extremo opuesto del hogar. El primero tenia la traza de una persona de distinción; llevaba un corpiño negro con herretes, sobre el cual caía una ancha gorguera blanca de grandes pliegues, espesos y bien almidonados; sus piernas estaban envueltas hasta mas arriba de la rodilla, adonde llegaba su capa de paño, en unas polainas de cuero con su hebilla, y un sombrero de anchas alas adornado con su correspondiente pluma que caía hasta sus ojos. Su barba poblada y canosa anunciaba una vejez robusta, y su actitud grave y discreta le daban la apariencia de un doctor; el otro, á juzgar por su poca estatura y su pobre traje, debía ser un niño del pueblo; pero lo singular de su equipaje llamó la atención de Huberta y de las jóvenes de la gruta, que sentian no distinguir sus facciones á través de los mechones de cabellos rojos que cubrian casi enteramente su rostro.

—Nos perdonareis, señor, no trataros como merecéis, continuó Huberta, volviendo á tomar el hilo de la conversacion y dirigiéndose al mas anciano de los forasteros, porque nuestro país pobre y poco frecuentado no tiene el honor de ser visitado con frecuencia por viajeros como vos. La casualidad tal vez os ha conducido á estos lugares.—La casualidad ó el infierno, respondió el hombre negro con voz tan bronca que su sonido sobresaltó á las jóvenes.—Eso último sucede algunas veces, repuso el enano tirándose hacia atrás con una ruidosa carcajada, pero de manera que no dejó ver de su rostro mas que su enorme boca guarnecida de innumerables dientes, puntiagudos como agujas y blancos como el marfil.

Después aproximando su silla hasta los morillos de la chimenea, desplegó sobre el fuego dos manos larguissimas y descarnadas al través de las cuales se transparentaba la llama como si fueran de asta: el hombre negro prestó poca atención por entonces á esta brutal grosería.

—Mi caballo maldito, prosiguió, desbocado por el temor de la tempestad, ó empujado por un espíritu maligno, me ha llevado por espacio de tres horas de bosque en bosque y de barranco en barranco, hasta que he tomado el partido de dirigirme hacia un precipicio donde le he dejado por muerto. Creo haber caminado unas treinta leguas, dirigiéndome después á este país para mi desconocido por la luz de vuestra fragua y por la gracia de Dios.—Que su voluntad se cumpla en todas las cosas, dijo madre Huberta.—La gracia de Dios, repuso el maligno hombreillo, no podia hacer menos en favor del muy ilustre y muy reverendo señor maestro Pancracio Chouquet, antiguo pronon-

tario del convento de Virgenes del Espíritu Santo, ministro del Santo Evangelio, rector de la Universidad de Heidelberg, y doctor en cuatro facultades.

Y estas frases fueron acompañadas de una carcajada mas ruidosa que la primera.

—¿Con qué derecho, gritó el doctor apretando los dientes de rabia, un canalla de tu estofa se atreve á mezclarse para darme nombres y títulos que tal vez no tengo? ¿Dónde me habeis encontrado?—Perdonad, mi amable maestro, no os encolericéis, respondió el muchachillo pasando su mano desmesurada por la capa del viejo doctor. Os he visto en Colonia dando mi vuelta á la Europa para instruirme en las bellas letras, segun los deseos de mi padre, y asistía á una de las lecciones en que traduciaís á Plutarco en excelente latin, cuando os detuvisteis súbitamente, tan embarazado como si el diablo os hubiera cogido por la garganta, en el tratado *De sera numinis vindicta*. Bella é importante doctrina. Es verdad que vos teniais ese dia alguna cosa que ver con vuestros negocios, porque empezabais á calentar vuestra conciencia una cosa mas ardiente que la chimenea de la señora Huberta. La historia es bastante graciosa, y yo la narraria de buena gana si lo desea la amable y alegre compañía.—Y yo, dijo despechado el doctor en voz baja, si llegas á decir una palabra mas sobre el asunto, te la haré tragar con mi dagal. Es admirable, añadió gruñendo, que se reciban semejantes canallas en una casa tan honrada como la vuestra! Creía que era vuestro criado, repuso la señora Huberta; yo no lo he conocido antes.

—Ni yo, ni yo, dijeron las jóvenes estrechándose unas con otras como los pajarillos sorprendidos en su nido. Yo no, decía la pequeña Cipriana escondiendo su cara entre las temblorosas rodillas de Magdalena. ¡Oh las juguetonas niñas! exclamó el viajero del calzon rojo, del rincón en que se habia acurrucado para sacar con sus uñas las castañas quemando. Vereis cómo tienen la malicia de no conocerme con el traje de los días de fiesta. Madre Huberta, recordad sin embargo si ha cambiado la fisonomía del pequeño chalan de esta comarca Colás Papelin, en otro tiempo capellan, hoy mozo de cuadra para servirlos. El honrado maestro Santos no ha puesto una herradura á sus caballerías que yo no hubiese antes limpiado, frotado, almohazado, dejado mas pulido que un espejo, y que á todas horas, por lo regular de noche, peino sus crines con mis dedos. Hé aquí por qué soy siempre bien recibido en la herrería, porque entre el palafranco y el herrador no hay nada como la mano.

Hablando de esta manera, separó á uno y otro lado los espesos bucles de su rizada cabellera, para descubrir su cara, mostrando con una risotada capaz de derribar las paredes una figura espantosamente horrible y amarilla como la cera, surcada con arrugas finísimas, viniendo á aumentar lo espantoso de su fisonomía unos ojos rojos y brillantes como ascuas. Todos hicieron un movimiento de terror. La señora Huberta conoció que le era desconocido; pero un secreto presentimiento la advirtió que no era prudente decirlo.

—Si yo nunca he apercibido este fantasmal murmuró Pancracio; por fuerza es Satanás!

—Bien pudiera suceder, contestó Colás Papelin riéndose siempre; y me admiraria como vos de la casualidad que hace que nos encontremos aquí. Quién le mandaria buscar al maestro Pancracio Chouquet en la gruta del solitario!—En la gruta del solitario! dijo Pancracio con admiracion... Ah! ah! replicó aquel mordeándose las manos... Ah! ah! repitió Colás Papelin con un sarcasmo infernal; ¿no pensais como yo, doctor, que seria bastante curioso para nosotros, hombres de ciencia, en quienes al amor á la instruccion se une el del oro y los placeres, indagar por qué se llama así este miserable valle? La historia debe de ser curiosa, y creo que la señora Huberta, que sabe todas las historietas del país, nos la referirá entre dos tragos de vino dulce.—Me cuidó muy poco de historias, buen hombre! repuso Pancracio, tratando de levantarse.—Si no es vuestro gusto, es el mio, grito Colás Papelin reteniendo con sus nervudas manos como con un anillo de hierro. Qué satisfaccion tendriamos, señora Huberta, en oiros contar eso!

—Lo habia prometido á mis niñas, respondió la vieja, y no es larga la relacion. Os diré de antemano que este país era mucho mas salvaje y mas triste que ahora, cuando vino un santo varon hace mas de cien años á fundar una ermita sobre una de las rocas salientes que caen sobre el precipicio. Se cree que era un joven y rico caballero que se habia separado de la corte por temor de su salvacion, pero no se dió nunca á conocer mas que por el nombre de Odilon, con el cual le ha beatificado nuestro Santo Padre, esperando se le canonice.—¡Diablo! dijo Colás Papelin.—Lo que es indudable que trajo mucho dinero consigo, porque en muy poco tiempo la gruta cambió de aspecto. Hizo labrar las tierras á propósito para el cultivo, construir fábricas en las corrientes del agua, edificar un hospicio, un presbiterio, una iglesia, y sus liberalidades atraieron á la gruta gentes de todos oficios útiles á los viajeros, cuyas familias existen todavía en una cómoda medianía y no cesan de bendecir el nombre de su bienhechor San Odilon, que las

dejó por herederas. Este valle se llama la Gruta del Solitario, porque no salía nunca de la ermita, y porque á imitación de Dios hacia beneficios á los hombres sin dejarse ver de ellos. El Señor tiene su alma en su presencia! como dice el breve.—Esta historia es muy edificante, dijo el doctor Pancracio, y sin dudar de su veracidad añadiré que he oído cien otras semejantes en todos los países que he recorrido: pero me parece que el tiempo mejora: el viento ha cesado, y la lluvia no azota ya los cristales.—Verdaderamente sería un placer volver á emprender de nuevo nuestra caminata; pero es una falta de atención dejar á la señora Huberta al principio de tan linda é interesante narración.—Esta narración está completa, replicó el doctor con impaciencia, y contiene todo lo que podíamos desear, es decir, el origen y la etimología del nombre de este valle; no falta una palabra... Falta una peripecia, el desenlace, y una lección de moralidad que no dejaríais pasar desapercibida en las aulas cuando os tomáis el trabajo de explicarnos peripatéticamente la retórica del maestro Guillermo Fichet: para prueba de lo que acabo de decir, la venerable Huberta se dispone á continuar después de haber tomado aliento.—El bienhechor Odilon, continuó, había vivido en la austeridad y la penitencia las tres cuartas partes de un siglo, cuando se presentó para asistirle en sus santas ocupaciones un joven que se hacía notar hacia algún tiempo por la devoción de sus prácticas y su asiduidad en frecuentar los sacramentos. Y que tenía tanta ciencia como un sacerdote, tanta elocuencia como un predicador, y tanta piedad *aparente como un santo* penitente muy asiduó en sus mortificaciones: la ermita se abrió fácilmente para recibirle. Su nombre se me ha olvidado casi completamente, aun cuando me parece haberle oído pronunciar no hace mucho.—El nombre es completamente supérfluo para vuestra relación, murmuró el doctor mordiendo las uñas.—Maese Pancracio Chouquet, repite Colás Papelin con voz estridente, piensa que el nombre de ese personaje es completamente inútil á vuestra relación, mi respetable huésped. Entendeis bien, añadió gritando con todas sus fuerzas, que vuestra historia puede pasar sin el nombre de este buen apóstol, que me parece un infernal hipócrita y que tal es también la opinión de maese Pancracio, de maese Chouquet, de maese Pancracio Chouquet. ¿No os acordais, señora Huberta?—El miserable quiere hacerme morir, pensó para sí el doctor, volviéndose para tomar la puerta.—Todavía no respondió á su pensamiento el pequeño Colás Papelin que se ahogaba de risa á su oído.—Temíamos hace mucho que el incentivo de los tesoros del bienhechor no atrajese algunos ladrones, prosiguió la buena viuda de Teófilo, que apenas había puesto atención á estas interrupciones; sabíamos nosotros muy bien que después de haber distribuido en obras pías una parte, como os he contado antes, había repartido el resto entre el cura, el monasterio dedicado á la educación de los niños, socorro de los viajeros pobres, y reparación de los estragos causados por las plagas del cielo. En toda la comarca se tomó la venida del joven ministro como un auxiliar que la Providencia enviaba por su gracia para que sirviese de báculo á la vejez del solitario. Al menos, decíamos en nuestras veladas, el santo varón tendrá cerca de sí quien le cierre los ojos y llame con la última unción las bendiciones del cielo sobre su venerable cabeza.—¡Oh! qué hermoso pensamiento, buena mujer! gritó Colás Papelin sollozando; yo mismo hubiera bendecido la cabeza de ese buen anciano, si Dios me lo hubiera permitido!.. ¿Qué dice mi maestro, maese Pancracio Chouquet?

Pancracio hizo un gesto, miró nuevamente á la puerta, y no respondió. La vieja continuó: Una noche Teófilo se levantó azorado. Esto sucedía, señores, hace treinta años: era día de Todos los Santos como hoy, poco antes de lo smaitines.—¿Cómo, dijo Colás Papelin, ¿creéis, mi buena madre, que habrán pasado treinta años desde ese día, treinta años justos ni más ni menos al toque de maitines?—Precisamente, señor Papelin, repuso Huberta, puesto que era el año 1531. Pregunté á Teófilo qué le obligaba á levantarse tan temprano, pensando estuviera enfermo.—Tranquilizaos, me respondió, y nada temais; una pesadilla me ha sobrecogido ahora mismo, y es preciso que yo tenga completamente tranquilo mi corazón antes de volver á descansar, porque los sueños son algunas veces advertencias del cielo. Me parecía que asesinaban al santo anciano Odilon, y desde que me he despertado un ruido confuso de quejidos y lamentos me persigue y quiero desengañarme por mi mismo. Dichas estas palabras, corrió á la ermita acompañado de sus trabajadores que habían sufrido el mismo sobresalto, y vieron que el sueño los había instruido demasiado bien...

—El pobre penitente estaba muerto! dijo Colás Papelin con su horrible risa: ¿maestro, entendeis?...

—Espiraba cuando llegó Teófilo; pero aun cuando había caído sin señal de vida á los ojos de su asesino, había encontrado sin embargo bastantes fuerzas para arrastrarse fuera de la celdilla, mientras que el miserable buscaba en vano los tesoros que acababa de pagar con su alma!—Y su asesino era el monstruo hipócrita y detestable que le había robado su amistad y sus oraciones bajo la máscara de la devoción! ¿Maestro, entendeis?...

Pancracio no respondió sino con un gemido sordo parecido á un rugido.

—Era él, dijo la señora Huberta. Sin embargo, la reja de la celdilla se había cerrado tras de los pasos del bien aventurado por medio de un resorte, invención de Teófilo, cuyo secreto no era conocido del asesino.—Por fin cayó en el garlito! añadió Colás Papelin con su risa infernal; algunos minutos mas, y el justo quedará vengado! ¿Maestro, ois?... No sucedió así, prosiguió Huberta levantando la cabeza. Teófilo y sus gentes no encontraron á nadie en la gruta; y como llegase á ellos un olor nauseabundo de pez y azufre, se pensó que el extranjero había contratado un pacto con el demonio para escapar del peligro en que se encontraba; lo que se encontró verosímil, porque se supo después, que había estudiado en Metz ó Strasburgo con el maldito hechicero Cornelio, de quién habreis oído hablar. —Oh! su comercio no es mejor, añadió entregándose á nuevas risas Colás Papelin. ¿Maestro, ois?... Enterado, añadió Pancracio Chouquet, devolviendo el sarcasmo con tono de calma afectada; es el lenguaje de las locas supersticiones en



(Luis XI, rey de Francia.—Véase la pág. 82.)

que el papismo ha imbuido este pueblo ignorante. Descienda sobre él algún día la luz de la verdad!

Hizo un movimiento repentino para alejarse de su vecino. Colás Papelin no le siguió; lanzó sobre él una mirada despreciativa.

Lo cierto es, añadió la vieja algo picada, que en la gruta se encontró un pedazo de papel manchado de sangre y marcado con cinco uñas negras en forma de sello real, que aseguraba un plazo de treinta años al homicida, como consta de la traducción que hizo monseñor el gran penitenciario, porque estaba escrito en caracteres diabólicos. ¿Maestro, ois? El asesino no fué jamás conocido, aunque dejó en la mano de su víctima un mechón de cabellos con su ensangrentada piel, la que nunca debe haberse cubierto de pelo. Respecto á S. Odilon, repuso Colás Papelin levantándose y haciendo rodar de un revés el sombrero empenachado del doctor...

—Maese Pancracio Chouquet tenía por un lado su cabeza calva y lisa como la palma de la mano. Midió á Colás con aire amenazador, y ganó la puerta mirando atrás para ver si le seguía el mozo de cuadra; pero el hombrecillo se entretenía en golpear con una varilla de hierro los morillos de la cocina, sacando chispas que llegaban hasta la cam-

pana de la chimenea. La puerta se volvió á cerrar: todo el grupo de mujeres estaba silencioso y sin movimiento, oprimido por el peso de terror desconocido, como figuras de piedra. Colás Papelin se apercebíó, y riendo á carcajadas se levantó su reverencia, componiendo su enmarañada cabellera con la graciosa coquetería de un hombre de mundo educado en los modales de la buena sociedad.

—Adios, respetable Huberta, y vosotras lindas muchachillas, dijo al dejarlas. Os doy gracias por la generosa hospitalidad que hemos recibido de vosotras; pero tengo todavía otros deberes que cumplir; voy á seguir á ese buen hombre en su camino, no se estravie.

Un instante despues se oyeron rechinar los goznes de las fuertes cerraduras de las puertas.

—El diablo se ha marchado ya? gritó la blonda Julia levantando sus deditos hácia el cielo. —El diablo! dijo Anastasia cruzando sus manos en actitud de la oración; ¿pensais que fuera él?... Hay grandes probabilidades de ello, respondió gravemente la señora Huberta que no habia dejado de pasar entre sus dedos las cuentas del rosario. —¿No se ha nombrado él mismo? replicó Juliana afirmativamente, Colás Papelin y el diablo son la misma persona! —Estos dos nombres son sinónimos, añadió con aire doctoral la señorita Ursula *sobrina y ahijada* del cura. El debe ser el que, observó la pequeña Anita la hija del carpintero Roberto, asusta nuestras burras silbando en el bosque! Tambien ha querido asustarnos á nosotras, respondió en voz baja su hermana Catalina, y el maldito del justillo rojo ha dado mas de una vuelta alrededor del arroyo de la gruta. —*Libera nos domini!* exclamó la vieja Huberta cayendo de rodillas.

Las jóvenes siguieron tambien su ejemplo, y no se separaron sin haber purificado la cocina de Huberta con fumigaciones de madera consagrada y aspersiones de agua bendita. Al dia siguiente por la mañana los vecinos de la aldehuella acudieron á los oficios á la parroquia. Santos Oudard dejó de pronto el brazo de su madre deteniendo su pequeña tropa con un gesto y un grito, para ahorrarla el feo espectáculo de que acababa de ser testigo. Era un cadáver tan horriblemente lacerado, tan deforme por las convulsiones de la agonía, tan ennegrecido por un fuego celeste ó infernal, que era difícil conocer en él la forma humana; solamente se encontraban á pocos pasos los restos de una capa negra y un sombrero con plumas. Desde este suceso la gruta del solitario tomó el nombre de la *Gruta del hombre muerto*.

MAQUINA PARA COSER (1).

En uno de nuestros últimos números verán los lectores del *Semanario* el grabado que da lugar á estas líneas. Por este sencillo aparato ha obtenido su autor, Mr. Carlos T. Indikens, manufactorero, doce privilegios de invencion en diversas naciones en vista de sus grandes aplicaciones á las diferentes clases de costuras á que se puede aplicar; como son á toda clase de ropa blanca, camisas, cuellos, pañuelos, al ramo de sostería, peletería y guantería, etc.

Los depósitos en que se venden estos aparatos estan establecidos en Manchester, Londres y Dublin.

UNA APUESTA.

V.

EL HOSPITAL.

Desde que se entra en el hospital, la brumosa atmósfera que en él se respira, pesa sobre el corazon y le entristece; aquellas piedras húmedas tan frecuentemente regadas por lágrimas, aquellas escaleras sombrías, aquellas largas salas guarnecidas de moribundos, impresionan mas que la vista de una cárcel, mas que la de un cementerio. Los pobres suelen decir que mas quieren estar en la cárcel que en el hospital cuando han probado lo uno y lo otro. La caridad que fundó este asilo dió por terminada su obra, y se alejó. Hoy apenas se conocen sus huellas en aquel edificio sin concluir.

Aislado allí cada dolor en medio de los dolores, cada enfermo está tan solitario en su lecho entre los cien lechos que le rodean como en un desierto de la Tebaida. La compasion y la paciencia, el cariño casi maternal que necesitan todas las enfermedades, son allí desconocidos, nadie seca las lágrimas del que llora, nadie oye los gemidos del que se queja. Las medicinas que necesita el enfermo, el alimento que se le permite, se dejan al lado de su cama para que los tome cuando le plazca, y muchas veces no los toma por no poder moverse para cogerlos. Algunas veces suele recibir las visitas de los médicos y discipulos, que le contemplan como un artista una obra de arte, sin sospechar que en su pecho pueda latir un corazon. El pudor es un objeto de lujo, Vease el número 10.

y está prohibido á los pobres. Cuando hay que hacer una operacion, aunque sea de las de *escoplo y martillo*, cuando se pica una quijada como un picapedrero pica una piedra, el operador se detiene de vez en cuando para explicar á los discipulos la teoría de su obra, ó escoge el modo mas doloroso y mas espuesto, para lucir su habilidad, prescindiendo siempre del paciente, á quien alguna vez se riñe porque se queja, ó se le manda ir á su cama cuando se ha concluido, ni mas ni menos que si se le acabase de rasurar y se esperase otro parroquiano.

El aire que allí se respira es tan ponzoñoso, que conserva una peste endémica en la atmósfera, una peste que ataca á todos los practicantes que entran sanos y robustos. ¿Cómo se ha de esperar curar allí á los que estén enfermos?

Y en aquel abandono, en aquella soledad de alma, en que los enfermos derraman lágrimas de envidia al ver á los que tienen parientes ó amigos que los visitan dos veces á la semana, ¿qué tristes, qué largas no deben de ser las noches cuyo fúnebre silencio interrumpen solamente los gemidos del moribundo y las quejas del delirante?

Teneis junto á vuestra cama un enfermo que llora y ronca con el estertor de la agonía. De pronto hace un movimiento convulsivo, y queda inmóvil y agarrotado: viene el practicante de guardia, le cubre con la sábana, y escribe en su libreta: —Falleció á tal hora. En seguida se va y pasais junto al cadáver, á veces entre dos cadáveres, á quienes por la mañana se baja al depósito y de allí á la mesa de diseccion, donde la carne humana adquiere un precio como la de carnero ó de vaca, con la diferencia de ser algo inferior. Por tres pesetas os proporcionarán los mozos cuando queráis cadáveres excelentes.

Hermosas damas, las que leais esta descripcion, en la cual se ha endulzado la verdad, se han debilitado las tintas para que no arrojaes el libro; al descender sonriendo de vuestro elegante carruaje, para entrar en la sala del baile donde las sonrisas envidiosas de vuestras amigas, que se muerden los labios buscando inútilmente con sus miradas una falta, como un luchador que busca un claro para herir á su adversario, os declararán las reinas; si se acerca á vosotras con los pies descalzos sobre el barro una pobre tiritando de frio, murmurando una plegaria y tendiéndos la mano, pensad en ese hospital, ese asilo de caridad adonde quizá al dia siguiente la llevará la miseria. Los ricos condenan á los pobres á un tormento horrible que se hereda como la lepra de generacion en generacion, y se admiran de que un dia los pobres en su hambre los devoren. ¿No es insultar al pueblo el decirle todos somos hermanos ante Dios, todos lo somos ante los hombres, y construir para los unos palacios, para los otros el hospital? ¿Qué crimen han cometido esos hijos desheredados? ¿Por qué el pan de Dios no se reparte en partes iguales? En otro tiempo los pobres tenían el templo y dejaban á los ricos el mundo con la esperanza de alcanzar el cielo; pero hoy vosotros los ricos habeis enseñado á no creer al pueblo, le habeis enseñado á pensar y su pensamiento es vuestra muerte. ¿En nombre de qué principio ó de qué derecho esperais obligar á nadie á ser pobre desde que elegis los puestos de la sociedad, la desigualdad de fortuna, no tiene mas causa que nuestro capricho y no reservamos á los perjudicados ninguna compensacion? Estais á merced de todas las ambiciones populares, y los Riencis tendrán siempre partido porque su bandera es siempre la de la razon. Cuando citais al pueblo á la lid de la fuerza estais ciegos; el pueblo es el mas fuerte. Si hay una justicia divina, la sangre derramada en la revolucion francesa no habrá debido de caer sobre la cabeza de los verdugos, sino sobre la de los padres de las victimas, los sobrenombres del siglo de Voltaire y Luis XIV, el siglo de la corrupcion del alma y del cuerpo. Ya que seais malos, no seais necios como los niños que se ahogan con cuerdas robadas, aunque á hablar con justicia todas vuestras maldades tienen por único origen la necesidad. Son una sola necedad verdadera bajo infinitas formas distintas.

¿Qué reflexiones debieron ocurrirse á Enrique durante la primera noche, en la cama del hospital! Un libro entero no las explicaria; pero bastará decir que esta prueba era de aquellas que mudan el carácter como una prision de diez años en la soledad. Su vida primero, después la sociedad entera, pasaron ante sus ojos y las juzgó. Recordó todo el mal que habia hecho, y lloró de arrepentimiento.

Junto á su cama tenia á un anciano octogenario y asmático que solo decia de vez en cuando como si hablase consigo mismo.

—¿Qué será de mi pobre Julian? Dios mio, protégedle.

—Es su hijo de Vd.? le preguntó Enrique.

El anciano se volvió un poco, admirado de que hubiera allí quien se ocupase de él, y respondió: —Es mi nieto; pero si yo muero quedará huérfano, porque su padre murió hace ocho años en esta misma sala.

—Han sido Vds. siempre pobres.

—Siempre. Desde que pude andar quedé huérfano, y tuve que ganar mi vida trabajando.

—Pobre anciano! Siempre desgraciado.

—Desgraciado... no tal, antes puedo decir que he sido siempre feliz. Yo no he hecho mal á nadie ni tengo ningun remordimiento. Lo que he tenido me ha bastado...

—Es pues la felicidad la virtud, pensó Enrique, y se abandonó á sus meditaciones.

VI.

CONCLUSION.

Una semana después de haber entrado Enrique en el hospital, subían por las escaleras de piedra de aquel edificio Angélica y el padre Clemente. Angélica radiaba de alegría. Su rostro pálido y flaco aun porque acababa de dejar el lecho, estaba adornado por una nueva aureola; parecía animado por una belleza nueva, la de la felicidad del alma pura y amante que se reflejaba en sus ojos. El padre Clemente tanto tiempo esperado había vuelto con mas riqueza de las que podían esperarse, porque su voz había tocado el corazón de Amalia como Cristo el de la Samaritana, y la ramera arrepentida, retirándose á un convento había dejado á Enrique todos sus bienes como una restitución. Solo el padre Clemente, el heredero de la fé apostólica que mudaba los montes de un lado á otro, podía conseguir esta conversión.

El anciano venerable y la enamorada niña, la estrella de la mañana y la de la tarde, dos almas igualmente puras y santas, subieron de prisa los gastados escalones hollados por tantas generaciones dolientes, y penetraron en la sala de Enrique.

Pero Enrique no estaba allí, otro enfermo ocupaba su lecho.

Angélica miró por todos lados y no le vió.

Con el corazón oprimido se acercó á un obregon y le preguntó: ¿Y el enfermo que estaba aquí, Enrique Valdealegre?

—Murió hace tres días, respondió el obregon.

Angélica lanzó un grito y se apoyó en el padre Clemente como una flor trochada, pero sin poder llorar, pues aunque no perdió el sentido su vida se paralizó.

—¿Y dónde está? ¿dónde está?... preguntó con ansiedad.

—Como no le reclamaron, respondió el obregon, insensible á aquel dolor moral como un operador al dolor físico de su enfermo, como no le reclamaron, se le llevó á las salas de disección, y ya se le ha disecado.

Dicho esto, se alejó silhando una pieza de zarzuela.

—Ni aun me queda su tumba! Ni aun su tumba! ¿Qué me queda?

El padre Clemente la señaló el cielo con el dedo, y la dijo con voz imponente y profética:

—¡La esperanza!

PABLO GAMBARA.

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

V.

Al pálido reflejo
de la maciente luna,
reunidos se encontraban en consejo,
de la hueste moruna
los jefes y walis, al rey atentos.
«Inútil, les decía,
hoy ha sido la recia escaramuza;
mejor empresa el venidero día
espero de Ismael, del fuerte Muza,
de Otsman y de Liáfar, encanecidos
en bélicos afanes
y preciados de expertos capitanes.
Pues no me place el ver vanos alardes
de un inútil valor, que ya Castilla
bien sabe que en mi reino no hay cobardes:
Dispondreis el asalto de la villa,
mañana, en acordado movimiento.»
A tal razonamiento,
«mañana, dijo Muza, yo te juro
que antes que su carrera el sol concluya,
ó muerto he de yacer al pié del muro,
ó la villa de Martos será tuya.»
«Mañana pues, replica el soberano,
veremos cómo cumple el africano.»

¿Qué pavoroso estrépito
por el espacio cunde?
Ya del clamor horrisono
el eco se difunde,

y por los senos cóncavos
del apartado monte
el son retumba lúgubre
del recio batallar.

Y las almenas sólidas
de aquel cristiano muro,
que de las armas árabes
fué valladar seguro,
las ponderosas máquinas
combaten y quebrantan
y ruedan y desplómanse,
al rudo golpear.

Los caballeros inclitos,
del rey Alfonso gloria,
sobre la brecha impávidos
disputan la victoria;
y si uno abate exánime
morisca cimitarra,
cien otros apresúranse
la muerte á provocar.

Los bárbaros del Africa
acuden á la empresa
cual águilas carnívoras
á desgarrar la presa,
y en su furor frenético
se acercan, se retiran,
revuélvense con impetu
y tornan á luchar.

Así las ondas móviles
del líquido elemento,
cuando en violentas ráfagas
sopla furioso el viento,
contra las rocas ásperas
se rompen espumosas,
y otras avanzan rápidas
luchando sin cesar.

Trepó á la cumbre altísima
por una estrecha escala,
Ben Muza, á quien en ánimo
ningun guerrero iguala;
y de otro lado intrépido
combate el de Algeciras,
que de la brecha el límite
se afana por salvar.

Y de él en pos agítase,
llena de furia insana,
de sus esfuerzos émula,
la juventud galana,
por cuya suerte próspera,
del Dauro en las orillas,
harán fervientes súplicas
mil labios de coral.

Elévase á las bóvedas
del azulado cielo,
cual denso manto fúnebre,
de polvo espeso velo,
y en el ardor mortífero
las armas centellean,
que agita el furor bélico
con incesante afán.

Pronto una voz fatídica
anunciará á Castilla
la dolorosa pérdida
de la preciosa villa.
¡Cuántas mejillas pálidas
ha de anegar el llanto!
¡Cuánto semblante angélico
marchitará el pesar!

VI.

Fué para los cristianos campeones
adversa la fortuna en quel día:
ya sobre los ruinosos torreones
la granadina enseña se mecía.
De tantos esforzados corazones
vana fué la pujanza y valentía,
y muchos eran presa de la muerte,
dignos de larga vida y mejor suerte.

Allí cayó el alcaide D. Rodrigo sobre el escombros de la abierta brecha, y fué todo el ejército enemigo, buscando paso por la entrada estrecha, de su constancia y su valor testigo. Su gloriosa esperanza vió deshecha Otzman allí, que al hijo mas gallardo sin vida le abatió cristiano dardo.

El incendio, la muerte, los horrores, que arrastra en pos de sí la infausta guerra, cundieron al entrar los vencedores por cuanto á Martos en su seno encierra. Brillan siniestros, rojos resplandores, teñida en sangre muéstrase la tierra, livida alfombra son del pavimento destrozados cadáveres sin cuento,

Entre ruinas y fuego y gritaría y el lúgubre clamor, que resonaba con tal estruendo y bélica armonía, que el reino del espanto semejaba, el ciego ardor de la canalla impía y sus fieros instintos refrenaba, en la mano el acero en sangre tinto, discurriendo Ismael por su recinto.

Cuando escuchó en los altos aposentos de una vecina casa ruido y gresca, y maldiciones, votos, juramentos de rudo son y de espresion grotesca, y al par sentidos ayes y lamentos. Mas la cruel y avara soldadesca el pesoso acento no atendía, y con impuras voces confundía.

Llegó doliente y grata á sus oídos aquella dulce voz de angustia llena; penetra y por doquiera ve tendidos soldados de la hueste sarracena, las armas y turbantes esparcidos... el rostro aparta de la horrible escena; mas otra le detiene á corto trecho, que conmovió su generoso pecho.

En el manchado suelo derribado á impulso de musulmánica cuchilla, pálido, sudoroso, fatigado, hendida al duro golpe la rodilla, roto el arnés, doliente, ensangrentado, se arrastraba Fernando de Padilla, que dijo, al jóven moro conociendo: defende á mi Leonor, te lo encomiendo.

Acercóse Ismael al castellano y «yo te salvaré» dice, «levanta, que el árabe, jamás torpe y villano, el lazo de amistad traidor quebranta.» «Ya, interrumpió Fernando, fuera en vano; no es mi suerte cruel lo que me espanta. ¿No escuchas el clamor de una doncella? Protégela, Ismael, mi vida es ella.»

Veloz sube Ismael y ve delante de una vil chusma de la hueste mora una mujer de celestial semblante, que arrodillada compasion implora. Su duelo á conmoverla no es bastante; en vano gime y angustiada llora, que aquellas gentes de villana raza tienen el corazón cual la coraza.

Al contemplar que cual feroces hienas, en torno á la hieldad, que así clamaba, se disputaban, de piedad ajenas, la posesion de la cristiana esclava, sintió correr por las hinchadas venas ardiente fuego, abrasadora lava, y audaz corriendo de Leonor al lado, «fuera pronto de aquí,» grita indignado.

¿Quién puede conseguir del tigre hambriento que abandone la presa que codicia? Con el liviano y torpe pensamiento que aquella turba indómita acaricia, extraño fuera y singular portento que semostrara á obedecer propicia; antes su furia de venganza y muerte contra el noble caudillo se convierte.

Mas él hiere y destroza y rasga y hiende y acomete y revuélvese iracundo, y donde quiera que el alfanje tiende brota de sangre manantial fecundo. ¿Quién resiste á un acero que defiende á tierna virgen, que en dolor profundo baña en amargo llanto sus mejillas, por su honor implorando de rodillas?

Huyen; y sin sentido ya la hermosa, eran en su semblante nuevo encanto, como en el cáliz de tronchada rosa, las claras perlas, que formó su llanto. El moro, de la estancia pavorosa anhelando arrancar prodigio tanto, el suelto tallo con sus brazos liga, y peso tan gentil no le fatiga.

Padilla, al contemplar, pálida y bella, llevada en brazos de Ismael cautiva su fiel Leonor, su refulgente estrella, con la que fué la suerte tan esquiva, «quizá voy á morir, dijo; mas ella, si feliz puede ser, que feliz viva, y si pronuncia el nombre de Fernando, cayó, dirás, el tuyo pronunciando.

Mi sola dicha fué, mi solo anhelo, único afán del pensamiento mio. Ahora tendré al morir para consuelo que á tu nobleza, á tu lealtad la fio. Mas si mi vida prolongase el cielo, alguna vez recordarás, confío, que aquel cristiano, que salvó tu vida, te encomendó su prenda mas querida.» «Calma, dijo el mancebo, tu amargura y ese negro pesar que te atormenta; á fé que ha de vivir Leonor segura de todo ultraje y de villana afrenta. Quien así lo promete y te lo jura régios blasones en su escudo ostenta, y acaso llegue un tiempo que el cristiano conozca que Ismael no jura en vano.

(Continuará.)

EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.